

---

**HISTORIA DE LA NUEVA UNIVERSIDAD DE  
ANTIOQUIA 1971-2004**

**JAIME RESTREPO CUARTAS**

*“Hoy es siempre todavía” Antonio Machado.*

- **Introducción**
- **El esplendor de la antigua reforma, según el modelo norteamericano**
- **El movimiento estudiantil de 1971**
- **La lucha entre la anarquía y el progreso**
  - **Un nuevo concepto de Universidad**
  - **La cobertura y la equidad**
  - **La regionalización**
  - **La búsqueda de la calidad**
  - **Una Universidad de investigación**
  - **Un nuevo modelo financiero**
- **La revolución educativa**
- **Epílogo**

*“Nuestras vidas empiezan a acabarse el día en que guardemos silencio sobre las cosas que realmente importan” Martin Luther King.*

## **INTRODUCCIÓN**

El interés de publicar este folleto sobre la nueva historia de la Universidad de Antioquia 1971-2004 es complementar en cierta medida, las apreciaciones de la versión del doctor Ignacio Vélez Escobar, quien alude al periodo 1963-1970. Pero el aspecto que deseo resaltar es la defensa que la Universidad misma debe hacer del sentido de lo público, o sea de la preservación del interés general de la sociedad sobre intereses particulares, así sean de grupos. Ello conlleva la búsqueda de la equidad social, la solidaridad frente a los graves problemas del país, el compromiso con la calidad y la pertinencia del actuar, la decidida intención de convertir a la Universidad en un centro para lograr nuevos conocimientos a través

de la investigación, la proyección nacional e internacional, y el apoyo a las zonas más aisladas del Departamento de Antioquia.

Juzgar la historia por lo que uno es, por su formación, por sus oportunidades, por su manera de pensar, que no es más que el saber acumulado que logró a lo largo de su vida, no pasa de ser una interpretación particular, quizá parte de la verdad, pero no la única verdad; comprensible tal vez, pero reveladora de la debilidad que tenemos los hombres, al no saber reconocer el valor que puede tener el otro, o las obras de quienes nos antecedieron (1). La importancia de la diversidad, no sólo en la riqueza de la naturaleza sino en sus expresiones conceptuales, debe aprenderse a valorar en sus dimensiones más objetivas. El alimento del hombre que no ha madurado, y no acepta haber madurado del todo, porque si se demora en hacerlo tendrá más oportunidades de conocer, es la riqueza de lo que nos rodea, así sea contradictoria con lo que somos o pensamos, así nos golpee, así nos hostigue, así no nos reconozca, porque valorarnos como seres únicos es debilitar las posibilidades de los demás.

El motor de la sociedad es la existencia de la diversidad y de la multiplicidad de caminos que hay que transitar para llegar a la verdad. Por eso el progreso se construye de manera compleja, no hay caminos rectos, no hay líneas absolutas e inmutables; hay, eso sí, tortuosidad, retornos, desviaciones, senderos y desechas. Algunos viven en autopistas de dos carriles, montados en limosinas, con gafas oscuras porque el paisaje los enceguece. Preferible quizá, para aceptar las diferencias, que haya que desplegar la inventiva, los recursos, el diálogo, la negociación; conocer a los sumisos, a los aduladores, a los críticos y por qué no, a los fundamentalistas de todas las especies.

No basta con nacer de alcurnia ni con apellidos hidalgos ni estudiar en el colegio de mayor prestigio, ni vivir al frente o diagonal a los sueños. Eso puede servir, y de hecho hay que reconocer que el vigor y la inteligencia les pertenecen a muchos y los resultados que son tangibles no se pueden ocultar con diatribas o simples epítetos. Al fin, el desarrollo de la sociedad es una construcción colectiva donde algunos ponen sus granitos de arena, sus pequeñas contribuciones, y otros, gigantes que a veces aparecen como superdotados, colocan piedras enormes que hacen más fácil el tránsito de los demás; por eso, también

existe la humildad, como un recurso de los más sabios para hacer fáciles los caminos, sin humillar a los débiles, quienes sólo logran prodigar discretos aportes.

Muchos nacen con estrella y tienen todas las oportunidades: formarse en buenos colegios, hacer sus estudios de posgrado en el extranjero y escalar posiciones dentro del Estado, bien sea en el sector público o en el privado. Eso no es malo, ni más faltaba, sobre todo si se saben aprovechar esas ventajas para ayudar a construir la sociedad que un país como el nuestro se merece; pero quienes han logrado esos privilegios no tienen derecho a desconocer el camino largo, abigarrado y difícil que han tenido que recorrer otras personas, obligadas a estudiar en escuelas públicas, muchas veces de mala calidad, que han hecho sus posgrados en universidades colombianas, y cuyos padres han tenido que hacer ingentes esfuerzos para que se eduquen y puedan competir en un mercado laboral esquivo. Estos profesionales, a la postre, resultan, quizá precisamente por ese mar de dificultades, tener una mayor capacidad de reconocer el trabajo de los demás.

La sociedad colombiana es contradictoria, como lo han sido todas las sociedades que inician su desarrollo. Hay profundas inequidades. Unos pocos tienen mucho y una mayoría tiene poco. Eso ya de por sí origina resentimientos. Máxime cuando algunos de los que tienen mucho se han vinculado no pocas veces con el atropello, la corrupción y el narcotráfico. El saberse atropellado no da patente para tirar piedras, quebrar vitrinas, atentar contra los policías, insultar a los directivos o quemar los edificios públicos, ni mucho menos para hacer actos de barbarie como el estallido de bombas, las masacres o los asesinatos a indefensos líderes (en nuestro caso: estudiantes, profesores o trabajadores). Ni siquiera es razón para utilizar capuchas, y de esa manera ocultar el rostro, con el pretexto de que para decir la verdad hay que hacerlo a escondidas por el temor a las represalias. Esto ha propiciado diferentes formas de intimidación que riñen con la libertad de expresión que se pregona.

La guerra en Colombia es compleja y no comenzó después de 1970. Tiene sus entrañas en la época del salvajismo, pero también en la Conquista, en la Colonia, en la naciente República, en ideologías liberales y conservadoras muchas veces sembradas en odio, y en otras concepciones, diversas y foráneas, que han tenido cabida en nuestra precaria

democracia. Y las razones no son sólo la miseria, la desigualdad social y la injusticia; estos son factores condicionantes. La razón, es sobre todo ideológica, especialmente cuando el fundamentalismo, que no es mera propiedad de los pueblos islámicos, es lo que prevalece. Ser poseedor de la verdad absoluta es la expresión “fundamental”. Y no es sino remitirnos a Hegel para que en el marco de ese “espíritu absoluto”, se le dé al Estado la preeminencia sobre todas las cosas, incluso la fijación de la libertad individual. De ahí sigue todo lo demás: la imposición, el despojo, el atropello, el terrorismo. ¿De qué porcentaje de esta violencia tienen la culpa los que están en el poder o los insurgentes o quienes ven pasar los fenómenos sin inmutarse?

## **EL ESPLENDOR DE LA ANTIGUA REFORMA, SEGÚN EL MODELO NORTEAMERICANO**

Si hay algo que debe ser de perenne reconocimiento por los ciudadanos y por quienes hemos tenido relación con la Universidad de Antioquia, es destacar que existen mentes claras, capaces de ver el atraso, e idóneas para vislumbrar caminos que permitan transformar lo precario en fuente inagotable del saber. Si hay algo digno de encomio en administraciones como la del doctor Ignacio Vélez Escobar, es, por encima incluso de la **Ciudad Universitaria**, la reforma académica que promovió e implantó en la década de los sesenta en Antioquia, modelo que también se desarrolló en el resto del país.

Nos sentimos orgullosos de la magnificencia de un campus universitario como el que tenemos: bello, acogedor, apto para la meditación, para la diversión física e intelectual, y para cultivar el espíritu, tal como debe ser: estricto, inquieto, rebelde, capaz de perseguir la verdad, ésa que no está únicamente en los libros ni en las ideas de un maestro ni en las críticas de los adversarios, sino en el todo, en el conjunto de la realidad, en lo que se ha discernido y en lo que no se conoce, en lo que ofrece posibilidades de saber y en lo que nos está vedado, porque no tenemos la capacidad o las condiciones para descubrirlo. La formación integral de ciudadanos aptos y sensibles requiere espacios como los que brinda la ciudad universitaria.

A más de la Ciudad Universitaria, hay otros símbolos de la Universidad. **El Edificio de San Ignacio**, por ejemplo, algo de lo cual nos sentimos orgullosos quienes amamos a la Universidad de Antioquia: los que la vieron desde el balcón de una casa sobre la calle Ayacucho o los que caminaron por sus pasillos o jugaron en sus patios; o los que la vivieron en los laboratorios y en los salones de clase. Fue y sigue siendo el símbolo de la historia, porque allí nació nuestra Alma Máter. **La Ciudad Universitaria** es el símbolo de la nueva era, de la modernidad, del espíritu de los tiempos actuales, de la Universidad que necesita espacios para convivir, áreas deportivas, bibliotecas, teatros, cafeterías, zonas verdes, árboles. Pero la vida no ha terminado con el retiro de los rectores que la han hecho posible. Tal vez en el siglo XXI el símbolo sea la **Sede de Investigaciones Universitarias, SIU**, porque cristaliza aquello en lo cual está convertida hoy la Universidad, o sea el centro para buscar conocimiento, algo que parecía vedado porque era potestativo de los países desarrollados, ya que hasta hace muy poco se creía que nosotros no merecíamos el título de descubridores de verdades. Y quizá mañana, y ni siquiera lo soñamos, lo simbólico se traslade a las **Sedes Regionales** en los municipios de Antioquia, olvidados por la misma Universidad en sus periodos anteriores a la década del noventa.

Pero de lo que se trata es de reconocer que la reforma académica de los años sesenta, inducida por el doctor Ignacio Vélez Escobar, fue un cambio de paradigma de enorme significación, porque sepultó lentamente la vieja escuela europea de la clase magistral, la tutoría, el profesor omnisciente, el saber encerrado en feudos, la escuela de profesores eminentes en pedestales y de estudiantes somnolientos y pasivos, y abrió las puertas al nuevo saber, a la desconcentración del conocimiento, a la posibilidad de opinar, al aprendizaje obtenido en los laboratorios y en las prácticas, al surgimiento de la particularidad desarrollada en las especialidades y al interés por las ciencias básicas y las humanidades. Esto, con independencia del Instituto de Ciencias y Humanidades, luego convertido en Facultad, que fue simplemente un modelo.

Ello produjo la natural reacción de los sectores tradicionales, representados por los movimientos liberales y conservadores, presentes en todas las épocas de la Universidad. Y la oposición de sectores con opiniones distintas, no se hizo esperar. La reacción debe verse

como algo normal: primero, los más enclaustrados en su época renuncian y se sienten perseguidos, y luego, las juventudes, antes apagadas, encuentran que es posible ser partícipes y se hacen sentir, con los excesos propios de la juventud, con la ideología por delante y la razón rezagada, con el ímpetu de quien ya no traga entero; cuestiones que los maestros han sabido y sabrán manejar a lo largo de los tiempos. Pero la salida de la rectoría de la U. de A. del doctor Ignacio Vélez Escobar no fue sólo un fenómeno interno de la Universidad de Antioquia, que ya había sido allanada, merced a los desórdenes, por orden del Gobernador Mario Aramburo Restrepo; se relaciona también con un movimiento estudiantil nacional que el Gobierno del Presidente Guillermo León Valencia no logró controlar y que cargó con la muerte de un estudiante en Bogotá, José Useche de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Por supuesto, los movimientos son una gama de materia en explosión: incontrolados, testarudos, manipulados, que dan rienda suelta al exceso, que atribulan tanto porque nos hieren en lo personal, porque se asocian al individualismo y al protagonismo, y porque suelen ser caldo de cultivo o río revuelto para quienes pescan intereses diferentes a los del común. Por eso, epítetos que duelen, son apenas parte de la jerga de la masa y ya deberían estar olvidados, entre otras cosas porque nadie es capaz de negar hoy en día que la Ciudad Universitaria se constituye en un monumento al saber, y que la reforma académica de los sesenta permitió dar el salto de la escuela tradicional a la Universidad científica. De tal manera que endilgarle las culpas de los males a las administraciones sucesivas es, por lo menos, para ser indulgentes, creer que el mundo se acabó con la salida de un administrador.

La reforma no fracasó por el hecho de no haberse mantenido un modelo específico dentro de la categorización que quiso lograr el doctor Ignacio Vélez Escobar. Eso de dividir el conocimiento en departamentos o en Facultades, en Ciencias y Humanidades, o en programas académicos completos, en el "College" al estilo norteamericano, como él lo soñó y hubiera querido que resultase, no son más que apreciaciones y propuestas, que si son lo suficientemente buenas prosperan, y si no lo son o si se complica su aplicabilidad, como ocurrió entre nosotros, terminan siendo modificadas. El éxito de su gestión radica en el cambio de actitud y de mentalidad que sembró con la reforma, porque se inició un nuevo modelo

educativo: el profesor ha dejado de ser el centro de atención, el estudiante se ha hecho partícipe del saber, las prácticas y los laboratorios promovieron el interés por los problemas de la sociedad y por la investigación, y el surgimiento de las especializaciones nos han introducido en la particularidad del conocimiento. Pero, para ese proceso se requiere un tiempo, como veremos más adelante.

## **EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1971**

Nada parte de cero, todo comienza porque existen unas condiciones que ponen en movimiento las ruedas de la historia.

El modelo norteamericano desarrollado en la universidad colombiana en la década de los sesenta, y los apoyos de las fundaciones norteamericanas fueron razones suficientes para el desenvolvimiento del movimiento estudiantil de 1971. Tuvieron significación sí, pero fueron más preponderantes los sucesos que venían ocurriendo en el contexto mundial durante esa época: la influencia de la revolución china, cuyo triunfo en 1939 mostró la rápida expansión que podían tener en el mundo las ideas marxistas; la victoria de la revolución cubana de 1959, también de enorme repercusión, inicialmente enfocada contra una tiranía, pero secundariamente orientada a la propagación del marxismo; fue ésta, justamente, una de las motivaciones para los movimientos guerrilleros que se gestaron en el país, unos bajo la influencia soviética, otros bajo la orientación china y otros según el modelo cubano. De igual importancia fue el informe de Rudolph Atcon, denominado "Plan Básico para la Universidad Latinoamericana", que se presenta después de varias misiones extranjeras que recorren el país para evaluar la situación de la educación superior en Colombia (Laphan, Fishbein, Misión Médica Unitaria). Esto, sin dejar a un lado el repudio a la guerra en el Vietnam, la visita al país de Nelson Rockefeller y el movimiento estudiantil de 1968 en Francia, que tuvo una repercusión indudable en toda América Latina e hizo revivir entre nosotros las teorías del "Manifiesto de Córdoba" de 1918 en Argentina, sobre la autonomía, las que desembocaron en el cogobierno universitario.

Un perfecto caldo de cultivo para que la rebeldía de la juventud del momento, se hiciera sentir con exigencias como la defensa de la soberanía nacional, muchas veces vapuleada, el desarrollo científico que en el país había sido precario, y la igualdad social para que los pobres tuvieran acceso a la educación superior. Ninguna de éstas malas en sí mismas, sino simples reivindicaciones de cualquier sociedad que adquiere conciencia de sí y busca un mayor bienestar. En la década anterior, precisamente por los planes iniciales del doctor Vélez Escobar, la Universidad amplió su planta profesoral de 124 docentes de tiempo completo a 405 y el número de estudiantes de 1.569 a 9.000, cifra que se elevó a 14.000 a mediados de los setentas. Fueron cuatro veces más profesores y diez veces más estudiantes quienes no desaprovecharon la oportunidad de pensar la Universidad que soñaban.

Algunos dirán que es mejor que la Universidad no debata, no critique, no cuestione y que pase inadvertida. Pero esa no es la esencia de una institución del conocimiento. Éste surge, en muy buena medida, en los procesos de discusión y de confrontación de las ideas existentes. Por eso se plantea que toda tesis tiene su antítesis y que de la conjunción o disrupción entre ellas saldrá una síntesis. Eso no es un invento marxista, y en el mundo no basta con que haya modelos exitosos en otras partes para que sean simplemente aplicados; el hombre siempre quiere experimentar y buscar su desarrollo, adaptándolo a la realidad. Esto es válido en todo tipo de conocimiento.

Por eso también se equivocan quienes piensan que revoluciones como la soviética, la china o la cubana, pueden ser simplemente trasplantadas en Colombia. No, aquí las realidades son diferentes. Tan grave ha sido la incompreensión de algunos (nacida de su propio radicalismo) o la indiferencia de tantos (escépticos e incrédulos), como los excesos del fundamentalismo revolucionario que padecemos y que pretende que haya guerrillas porque en Cuba las hubo, o que se presenten levantamientos de masas campesinas porque en China ocurrieron, o que creen que la revolución la hace la clase obrera porque, según ellos, es la que no tiene nada que perder y es la clase más poderosa del mundo (la que mueve el desarrollo económico). Pero todo eso se ha transformado y no sólo porque cambiamos los hombres, sino las condiciones de la sociedad.

Duelen los actos de barbarie, la violencia, los atropellos, la intimidación, el uso de armas en los recintos del saber, las capuchas, los asesinatos de profesores, estudiantes y trabajadores. Para que esos estadios, que aún perduran de la época del salvajismo, ahora encarnados por los nuevos fundamentalismos, desaparezcan del todo, hay que enfrentar la situación con valentía, con entereza, con el uso de la razón que es la única posibilidad que tenemos los intelectuales que creemos y tenemos fe en el diálogo racional. Seguirnos lamentando de la existencia de conflictos, es simplemente regodearnos en el pasado, a sabiendas de que esos hechos han ocurrido y seguirán ocurriendo, mientras el país no sea capaz de resolver el inmenso problema social y político que padece.

Y cuando se ve todo con la lupa de lo personal, entonces se inculpa a quienes no son los responsables; se dan datos equívocos; se ensalza a los amigos bajo el menosprecio de los opositores, a quienes se tilda de “sospechosos” y “auxiliadores de la guerrilla”; se acusa de mediocridad a la actual Universidad, cuando todas las cifras demuestran lo contrario, y no se entienden muchos de los procesos, por lo menos tan importantes como los que el ilustrísimo rector logró desarrollar en la década del sesenta. Pero ya tendremos tiempo de mirarlos. Afortunadamente, y ahora también se cumple lo que expresaba el doctor Vélez Escobar para su época, **“la nueva Universidad de Antioquia (la del siglo XXI), académica y físicamente es una realidad abrumadora y aplastante”**.

El movimiento estudiantil de los años setenta fue en esencia de carácter ideológico: se luchaba por la soberanía nacional y por una cultura propia que fuera científica (única manera de lograr la independencia), y al servicio democrático de las mayorías, así fueran pobres. Dicho movimiento tenía un carácter nacional y tuvo la tolerancia inicial del gobierno del doctor Misael Pastrana Borrero, cuando era Ministro de Educación el doctor Luis Carlos Galán. Dicha administración aceptó el llamado cogobierno universitario e incluso se nombraron los primeros representantes en una especie de triunvirato integrado por tres sectores: profesores, estudiantes y directivos. Por fortuna, sólo duró tres meses, pues resultó ser una distorsión del verdadero concepto de Universidad, la que debe tener representación es de la sociedad en su conjunto, y no mayoritaria o exclusivamente de la comunidad académica. Ese criterio fracasó porque los estudiantes y profesores, independientemente del gobierno y del resto de la

sociedad, no pueden resolver los problemas del claustro; porque hace aparecer a los estudiantes y profesores como dueños de la Universidad y únicos voceros con capacidad de orientarla, lo cual entraña visos de gremialismo, privatización, incompreensión de la democracia en una institución educativa y descarta a otros sectores sociales con iguales derechos, como el gobierno, los padres de familia, los egresados, los ex rectores y la comunidad que recibe los servicios educativos.

Pero también hubo dosis extremas de fundamentalismo y dispersión en grupos y subgrupos que se creían los poseedores de la verdad y que llevaban la discusión, más a tesis foráneas, que a la verdadera realidad que en el país se vivía. No fue sólo el MOIR, fueron el Partido Comunista, los Comandos Camilistas, los Trotskistas, los Socialistas, los Anarquistas, la Liga ML, los Grupos Unificados de Base (tendencias maoístas) y otros más, que llevaron el movimiento a un caos y al desgaste que finalmente acabó con él. Y todos los excesos cometidos son absolutamente reprochables, llámense la quema del bloque administrativo de la Universidad de Antioquia, las amenazas e intimidaciones, las pedreas, la paralización de la institución, los tropes, las quemas de buses, los enfrentamientos violentos y las muertes. No obstante el movimiento de los setenta fue de carácter ideológico, con objetivos definidos, con confrontaciones conceptuales y con un espíritu de renovación. Totalmente diferente de muchos de los movimientos recientes que carecen de ideología o en los que la ideología se reduce a defender intereses particulares.

En la primera mitad de los años setenta ocurrió un hecho de extrema gravedad que muestra hasta donde puede llegar el fanatismo y fue la quema del bloque administrativo el 8 de junio de 1973, un acto de barbarie ejecutado por anarquistas, después del asesinato del estudiante de economía, Fernando Barrientos, acaecido exactamente 19 años después de la masacre perpetrada con los estudiantes en Bogotá, bajo la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla, fecha que se conmemora en el país desde aquél entonces y que se conoce con el nombre de "Las jornadas del 8 y 9 de junio". Cualquier sociólogo podrá encontrar fácilmente relaciones causales entre unos hechos y otros, y verá que las explicaciones no pueden ser superficiales o simples.

La segunda mitad de los años setenta produjo en la Universidad otra serie de fenómenos, muchos de ellos negativos. Por un lado, aunque el movimiento como tal fracasó en sus ideales de cogobernar la Universidad, permitió que aparecieran múltiples organizaciones políticas al interior de ella, que quedaron con cierto poder y lo utilizaron de manera inadecuada: votaciones populares para presionar nombramientos de decanos y jefes de departamento, politización de la academia y sectarismo verbal con los profesores que no admitían el ingreso de la Universidad a la era de la politiquería. Sin embargo, y para hacer honor a la verdad, no hubo despido o destitución de ningún profesor. Algunos renunciaron porque no se sintieron representados por las directivas y al hacerlo fundaron otras instituciones educativas, como el CES; algo parecido había ocurrido muchos años antes con el surgimiento de universidades como la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Medellín y la Universidad Autónoma Latinoamericana, por cuestiones políticas entre liberales y conservadores, que tampoco se sintieron bien representados en su momento. Son las costumbres políticas. Pero no había llegado la era de los encapuchados, que le da a la situación un contexto menos ideológico y más cercano al terrorismo.

La década de los ochenta fue particularmente diferente. Si bien el movimiento estudiantil entró en un receso largo, no ocurrió lo mismo con las distintas organizaciones políticas que se crearon, o que tuvieron su auge durante la década anterior. Éstas se dedicaron a consolidar sus planteamientos y a ganar adeptos, convirtiendo la Universidad en su campo de práctica; unos para cultivar los debates conceptuales y someterlos a consideración de las “masas” y otros para hacer sus incursiones militares, no exentas de actos de vandalismo. Fue la década de la “revolución boba”, donde el progreso ideológico fue mínimo, porque se fue suplantando paulatinamente por la acción armada: despliegues militares al interior de la Universidad, encapuchados exhibiendo armas que intimidaban a profesores y estudiantes, colocación de artefactos explosivos, tropes en las calles, enfrentamientos con la policía, robos, extorsiones y diferentes actos delictivos que francamente no se sabía si eran acciones aprovechadas por la delincuencia común o hacían parte de la “formación” de los aprendices del movimiento guerrillero. Todo ello inaceptable y censurable.

Estas actividades produjeron la reacción de los organismos de seguridad del Estado, los que tradicionalmente han tenido poca capacidad al interior de la Universidad, por las particularidades mismas de ella: su autonomía, su condición de institución abierta a diferentes públicos, con limitada posibilidad de control de ingreso y salida de visitantes, carente por su esencia misma de vigilancia armada y poseedora de un campo muy extenso. A su vez, se desataron acciones de otras organizaciones, apoyadas desde adentro y desde afuera, que se abrogan derechos sobre la sociedad cuando no existe la presencia del Estado. Por eso la persecución en los recintos académicos, se enfocó contra los dirigentes de uno u otro sector político o contra los que se consideraban involucrados en los actos de violencia, y su accionar produjo la muerte de muchos profesores y estudiantes (particularmente en 1987), lo que llevó al terror, la paralización periódica, la desmotivación académica y el deterioro de la calidad.

No existe un ingrediente más nefasto para la calidad de una institución que su paralización, generada casi siempre por la violencia. La suspensión de las actividades académicas desmotiva, impide la actualización, hace perder la credibilidad que sobre la institución se tenga, genera enormes pérdidas económicas, produce indisciplina y lleva a la mediocridad. De eso sufrió la Universidad de Antioquia. Y las consecuencias incluyeron la poca demanda para sus programas, las preferencias por la universidad privada, la hostilidad de la sociedad, y muy especialmente del sector productivo, con los egresados, la creciente deserción de sus estudiantes y la baja productividad científica. Todo esto se va volviendo un círculo vicioso, porque la mediocridad cubre los espacios y produce debilidad en los organismos de poder, incomprensión de la democracia en instituciones educativas, exceso de protagonismo de los gremios, privatización de lo público al servicio de intereses particulares o de grupo, y una crisis financiera de gran magnitud.

Por fortuna, quienes creían en la capacidad de la Universidad, siguieron luchando, se esforzaron, hicieron bien su trabajo, no se amilanaron ante las dificultades, no se refugiaron en los “cuarteles de invierno”, como suelen hacer algunos cuando hay dificultades, y poco a poco fueron acumulando su saber para que la institución saliera de su crisis.

## **LA LUCHA ENTRE LA ANARQUÍA Y EL PROGRESO**

## UN NUEVO CONCEPTO DE UNIVERSIDAD

La sociedad avanza porque existen diferentes formas de pensar y de actuar, y cuando se ensayan unos modelos y estos fracasan o se estancan, quienes opinan distinto tienen su gran oportunidad. Lo importante es no desaprovecharla. Eso le ha pasado a la Universidad muchas veces, y le seguirá pasando. Pero el crecimiento no es lineal, es, digamos, en espirales concéntricas y ascendentes. Porque no todo lo que ha dejado de ser es malo, y la sociedad tiene muchas veces que volver al pasado y beber de él, y lo nuevo no se logra implantar de inmediato, radicalmente; hay que ir colocándolo paso a paso, con la incomprensión de muchos, con la incredulidad de unos cuantos y con el favor de otros que lo que buscan, a veces, son meros privilegios.

En esta dinámica se ha buscado consolidar varios conceptos:

- **La orientación estratégica.** La Universidad requería un Plan de Desarrollo a largo plazo que le permitiera definir su quehacer con absoluta claridad. Durante la administración del doctor Rafael Aubad López se establecieron las bases generales de un plan y se realizó una amplia discusión con todos los sectores de la comunidad universitaria. Quien no participó fue porque no quiso. Eso permitió que nuestra administración reuniera aquellos documentos, elaborara un proyecto que fue aprobado por los diferentes organismos de la Universidad y se puso en marcha todo un proceso para un periodo de diez años. Dicho plan ha sido exitoso, ha cumplido la mayoría de sus metas, ha tenido dos evaluaciones generales y ahora la institución está a punto de desarrollar un nuevo proyecto.

- **La continuidad.** Significa que la Universidad funcione, que no se paralice, que no se cierre, que haga sus dos semestres académicos por año. Este proceso ha sido largo y ha producido mucho desgaste. Se puede decir que en las décadas del setenta y del ochenta la Universidad funcionó a medias, y ahí está uno de los principales factores para el deterioro académico. La causa fundamental de la discontinuidad ha sido la violencia

propiciada por sectores que pertenecen a organizaciones armadas y que tienen representación al interior de la Universidad o se aprovechan de los conflictos internos. Por eso, una tarea crucial sigue siendo el aislamiento de los violentos y eso se logra con una labor persistente para convencer a las mayorías de no aceptarlos, confrontarlos y rechazarlos, porque en la Universidad no tiene cabida la violencia pues riñe con su misión fundamental, es contraria a la libertad y contribuye al cierre de la institución. La continuidad es indispensable, permite que los programas avancen, que los procesos se consoliden, que las metas culminen, que se obtengan los objetivos académicos, que la institución sea viable y que la disciplina marque la pauta. Cuando hicimos un plebiscito en 1998 con la consigna de: “una universidad abierta, plural y sin violencia”, que tuvo una excelente respuesta de la comunidad, buscábamos romper con esas malas costumbres. Todavía estamos lejos de acabarlas, habrá que seguir luchando por el logro de ellas, pero hubo avances significativos.

- **El concepto de autonomía.** Immanuel Kant sostenía en su Fundamentación para la metafísica de las costumbres que la idea de la libertad se une inseparablemente al concepto de autonomía y que éste contiene en sí mismo el principio general de moralidad. El saber es, pues, la libertad para determinarse, pero debe hacerse bajo códigos de moralidad. Lo externo al conocimiento no puede regularlo, no es idóneo para ello, no tendría la capacidad de hacerlo. La autonomía es la concreción de la libertad para desarrollar la academia, administrar los programas y distribuir los recursos, pero su ejercicio requiere de un principio ético de responsabilidad. Se es libre, pero se tiene que ser responsable para responderle a la sociedad por el actuar. Pregonar la libertad de cátedra y de investigación no es una patente para la estupidez. Grande es la responsabilidad de la Universidad ante el conocimiento, la humanidad y la historia misma.

- **La aplicación de la democracia.** La aplicación de la democracia en las instituciones del saber como lo son las universidades, tiene sus particularidades, pues lo que prima en ellas es la búsqueda de la verdad, y éste no es un aspecto que caracterice a las mayorías, ni que se resuelva con votaciones. La participación y la representación son elementos básicos de la democracia en la Universidad: se trata de que los diferentes

sectores participen de las decisiones fundamentales y hagan parte de los organismos de dirección. En los últimos años se ha querido dar por influencia de los gremios, a los estudiantes y profesores, la idea de ser los únicos estamentos representativos, o por lo menos los que deben poseer la mayoría en los organismos de dirección, olvidando que la Universidad es de la sociedad en su conjunto y por tanto, la aplicación de la democracia tiene que ver con la participación en las instancias de administración, con la discusión general de las propuestas fundamentales y no con la reducción a contiendas electorales, infestadas entre nosotros de vicios.

Hoy en día están representados en el Consejo Superior Universitario, el Gobierno, los estamentos académicos y la sociedad, de la siguiente manera: como representantes del Gobierno están el Gobernador del Departamento, un representante del Presidente de la República y un representante del Ministro de Educación, quienes deben ser personas con un perfil especial, seleccionadas por su conocimiento sobre la institucionalidad educativa y no por consideraciones políticas. Los académicos son un decano elegido por el Consejo Académico, un profesor y un estudiante; estos dos últimos elegidos por sus respectivos gremios mediante un sistema de votaciones públicas. Y los representantes de la sociedad son un egresado, un representante del sector productivo y un ex rector, también elegidos entre sus comunidades organizadas. Sobre esta composición y su escogencia, podría sugerirse el empleo de mecanismos más amplios de participación, y la vinculación de un representante de la sociedad, por ejemplo un padre de familia o un delegado de la comunidad, también sobre la base de que su inclusión se haga con unos perfiles particulares que les permitan ser verdaderos exponentes de la sociedad, y conocedores de la Universidad y del valor de lo académico.

Existe una desviación típicamente gremialista que considera como un elemento sustancial de la democracia, el uso de las votaciones populares realizadas por los profesores y los estudiantes en los nombramientos del rector, los decanos y los jefes de departamento. Esto, así sea un elemento incorporado en otros países de una tradición más democrática, no tiene lógica, primero, porque no participan los demás sectores de la sociedad, segundo, porque se presta a que las consideraciones para la elección no sean

propiamente las del saber sobre la institución y su administración, sino otras de carácter gremial o político, impregnadas de populismo y tercero, porque lo que se pretende democrático no resulta siéndolo, ya que se reduce el campo de los participantes y se convierte el proceso en un concierto para la politiquería. Esta experiencia reduccionista, ensayada en nuestro país en varias universidades públicas, ha sido nefasta y los ejemplos están a la vista.

- **La pertinencia.** No se concibe hoy la Universidad sin la prestación de un servicio a la sociedad o sin que ésta se beneficie de sus actividades. El propósito fundamental de la Universidad es la producción del conocimiento, la búsqueda y divulgación de la verdad y la formación de profesionales capaces de resolver los problemas que la sociedad tiene. Y su esfera no se limita a los pregrados sino que abarca los posgrados, la actualización a lo largo de la vida, la formación integral de los ciudadanos y la investigación. En la estrecha relación que debe existir entre la Universidad y la sociedad, radica la posibilidad de escoger adecuadamente los programas y saber definir el énfasis para cada momento histórico. Se podría creer que la pertinencia es una limitante de la autonomía, pero la Universidad tiene un marco de regulación que la sociedad le ha encomendado al Estado y que tiene que ver con criterios constitucionales de equidad social y responsabilidad con el desarrollo del país. No se concibe una Universidad abstraída de la realidad social, ni aislada de la comunidad nacional e internacional.

- **La solidaridad.** La universidad pública colombiana no podría entenderse sin una clara política de solidaridad con las otras instituciones educativas y con el sector social. Los avances que propicien nuevos conocimientos, capaces de generar progreso y resolver las condiciones existentes de desigualdad, inequidad, hambre y enfermedad, deben universalizarse al servicio de la sociedad en su conjunto, sin distinciones de nacionalidad, por un concepto humanista y con la idea de preservar la naturaleza y su diversidad. La retribución de la Universidad tiene que estar en la búsqueda de la equidad social, participando decididamente con subsidios de matrículas para los estudiantes más pobres, con los apoyos de bienestar para dichos sectores y también con respuestas a aquellos requerimientos que la sociedad le hace para resolver los problemas que la

agobian. Haber participado en la reconstrucción de uno de los barrios en la ciudad de Armenia, después del terremoto acaecido en el eje cafetero, sin búsqueda de beneficios más allá de los que da el saber, por ejemplo, fue una muestra de solidaridad social de la U. de A, que nos debe llenar de orgullo.

- **La búsqueda alternativa de recursos.** Lo tradicional es que la U. de A. reciba sus aportes para funcionamiento de parte del Gobierno, por medio de apropiaciones que se definen anualmente. Los demás ingresos, considerados como propios, y que no representaban en 1988 sino el 10% y en 1995 no subían más allá del 15 al 20%, eran producto de las matrículas, algunos proyectos especiales, venta de servicios y labores de asesorías y consultorías. Las perspectivas financieras para las universidades públicas eran, comenzando la década de los noventa, fundamentalmente por el tema pensional, algo así como catastróficas. Según el estudio del economista Hugo López Castaño no había porvenir, porque no se habían realizado las provisiones para las pensiones, no se aportaba a los fondos que las pagarían posteriormente, y se preveía que para el año 2003 se habría jubilado más del 50% de los profesores. La administración del ex rector Rafael Aubad López asumió como un reto buscar la solución a este problema que se tornaba crucial. No sólo se hizo el estudio del tema pensional sino que se incorporó en la Ley 100 de 1993 un artículo (el 131) que descargaba en el Estado la responsabilidad de apropiar recursos para las pensiones en una proporción similar a la que se tuviera como participación en el presupuesto de las diferentes entidades, medido en un periodo de cuatro años, a partir de 1998. Esto significó que la nación aportara un 78%, el Departamento un 12% y la Universidad un 10%. El aporte de la Nación en el macrobono pensional representa una cifra de 600.000 millones de pesos, los cuales hubo que gestionar en nuestra administración durante más de cinco años, proceso que culminó durante la rectoría del doctor Alberto Uribe Correa.

No reconocer la labor de la administración del doctor Rafael Aubad en este tema, sería insensato, al igual que meterla en el saco general de la mediocridad de la cual habla el doctor Ignacio Vélez Escobar. Fue, a no dudarlo, el comienzo de la modernización de la Universidad de Antioquia, no sólo por que se abrió el camino a la solución del problema

pensional y de la crisis financiera que se avecinaba, sino porque se expidió el nuevo Estatuto General que contempla procesos fundamentales de adecuación de la institución a los nuevos tiempos.

## **COBERTURA Y EQUIDAD**

En su *Historia de la Nueva Universidad de Antioquia 1963-1970*, el doctor Ignacio Vélez Escobar destaca el aumento de cobertura en su periodo, de 1.569 a 9.000 estudiantes. Las únicas exigencias que uno establecería como obligatorias para buscar una mayor cobertura serían: el mantenimiento de la calidad, la dotación de los espacios físicos y su adecuación a las nuevas necesidades. El doctor Vélez propició estas condiciones: cualificación de los profesores, los que se formaron en el extranjero, cambio en el modelo pedagógico y construcción de la ciudadela universitaria. Todo ello loable y merecedor de nuestra gratitud como ciudadanos y del reconocimiento de quienes hemos sido rectores sucesores. Esto es otro de sus buenos logros, lo cual debemos ser sinceros en aceptar.

Pero el problema de cobertura en la educación superior del país es demasiado grave como para que no requiera un proyecto recurrente. Se calcula que la cobertura en educación superior llega al 16%, muy por debajo de los promedios mundiales e incluso latinoamericanos. Las cifras oficiales dicen que está cercana al 20%, pero habría que conocer las nuevas estadísticas, de acuerdo con los planes del actual gobierno en esta materia. Además, las universidades públicas permanecieron durante muchos años ajenas al aumento de cobertura y por eso la oferta se incrementó especialmente en las universidades privadas, que hoy poseen un 70% del registro total de estudiantes, mucha parte de ellos estudiando en instituciones de muy pobre calidad.

En 1974 casi se duplicaron los cupos en la Universidad de Antioquia. Eran los tiempos del doctor, Alfonso López Michelsen como Presidente de los colombianos y del doctor Luis Eduardo Mesa Velásquez como rector de la U. de A. Pero el proceso fue muy improvisado, porque las exigencias mencionadas no se tuvieron en cuenta, sobre todo en el aspecto de la calidad. Los espacios fueron y siguen siendo suficientes, gracias a la visionaria mentalidad

del doctor Vélez Escobar, pero los profesores que se seleccionaron no lo fueron por méritos y algunos no resultaron de altas competencias, no hubo reformas educativas que produjeran una transformación significativa del modelo de enseñar y la dotación fue escasa. A lo largo de los años, se ensayaron reformas administrativas para evitar la presión de un número creciente de estudiantes de Ciencias y Humanidades que querían ingresar a las facultades, se modificaron los esquemas propuestos por el doctor Vélez Escobar, y comenzaron a hacerse pinitos en investigación, extensión, planeación, bienestar y relaciones internacionales, pero con cierta timidez y con resultados apenas incipientes. Cómo no reconocer, sin embargo, las iniciativas por regularizar el funcionamiento hechos por el doctor Luis Fernando Duque Ramírez, la reorientación conceptual del doctor Darío Valencia Restrepo con su documento: "Hacia un Proyecto de Universidad", el proceso de reestructuración iniciado durante la administración del doctor Saúl Mesa, el fortalecimiento de la educación a distancia con el doctor Luis Pérez Gutiérrez y los esfuerzos por controlar los brotes de violencia, de tantos otros rectores, cuyos periodos, muy cortos casi todos, se vieron marcados con ese estigma.

El proyecto de aumento de cobertura que comenzó en 1995 y que busca llevar a 35.000 el número de estudiantes de la Universidad de Antioquia en el 2005, se sustentó en los tres aspectos mencionados: suficientes espacios físicos, adecuada dotación y mejoramiento de la calidad. Para los programas de adecuación y dotación, se desarrollaron: la apertura de cinco sedes regionales, hoy en funcionamiento; la ampliación de jornadas hasta las 10 p.m. y los días sábados; diferentes reformas locativas en casi todas las facultades; la construcción de la IPS Universitaria; la restauración del edificio de san Ignacio y su Paraninfo; consecución de nuevas sedes y de haciendas para facilitar las prácticas del sector agropecuario; mejoramiento de los laboratorios, las bibliotecas, los museos, las redes, las emisoras culturales, las salas de computadoras, el Internet, las áreas deportivas, los convenios con entidades nacionales e internacionales, etc. Si el doctor Ignacio Vélez Escobar visitara la nueva Universidad, la encontraría irreconocible. Lo invitamos a que lo haga y podríamos acompañarlo varios ex rectores que actualmente caminamos por sus recintos con toda tranquilidad.

En aspectos como el mejoramiento continuo de la calidad, se adelantan hoy en día los siguientes proyectos: plan de desarrollo a diez años, transformación del modelo educativo en las diferentes dependencias, acreditación en calidad por medio de los procedimientos establecidos por el Consejo Nacional de Acreditación, CNA, en donde se incluyen todos los programas académicos y la institución misma (la U. de A. ha acreditado en alta calidad 32 programas y ha sido institucionalmente acreditada por 9 años, siendo la Universidad que hasta ahora ha tenido este logro por más tiempo); introducción de las nuevas tecnologías educativas; política de formación de doctores, (se ha pasado de un 5 a un 18% de profesores con título de doctorado, según los últimos datos del doctor. Gustavo Quintero, actual Director de Posgrados); planes de capacitación para los profesores en el país y en el extranjero (en los últimos 10 años han salido más de 800 profesores a cursos de capacitación en diferentes países del mundo); desarrollo de los doctorados en la institución (6 en la actualidad), y fortalecimiento de la investigación como eje del sistema de enseñanza (más de 130 grupos, 800 investigadores, 600 jóvenes investigadores, alrededor de 130 publicaciones en revistas arbitradas por año y el funcionamiento de la nueva Sede de Investigaciones Universitarias, SIU).

La cobertura tiene que ver con la permanencia del alumno en el claustro. Por eso se hizo un estudio de la deserción en la Universidad y se encontró que las cifras promedio estaban en el 23%. De todos modos muy alta, pero no tanto como refiere el doctor Vélez Escobar, quien la estima en el 50%, atendiendo quizás informes periodísticos. Los promedios de deserción varían de una Facultad a otra. Son muy bajos en Medicina y más altos en Ciencias Básicas. Esto tiene sus explicaciones: los estudiantes de Medicina representan los promedios más altos de la Universidad y pertenecen a estratos más pudientes y en Ciencias Básicas hay estudiantes de menores recursos. Las causas fundamentales de deserción son: económicas, de calidad y de adaptación al medio universitario. Ya la Universidad resolvió el tema de la deserción precoz, haciendo uso de la solidaridad social, la excelencia académica y el bienestar universitario, y está trabajando en el de la deserción temprana que depende de consideraciones económicas. Y debe persistir en la solución de la tardía que se origina en problemas inherentes a la calidad del estudiante. Los administradores del hoy y del mañana tienen allí un reto de significación.

## LA REGIONALIZACIÓN

No ha existido en los últimos cincuenta años un proyecto tan ambicioso al servicio de todos los antioqueños. Ese concepto de que es más barato formarlos en Medellín que hacer sedes (como lo esboza sin mucho análisis el ilustre ex rector), es centralista, discriminatorio y no piensa en las regiones como polos de desarrollo. Debe ser una función de la Universidad contribuir con el progreso regional. La Universidad de Antioquia era tradicionalmente para un sector de la población antioqueña y del país, con cierta capacidad económica y de movilidad; pero se había olvidado del resto del territorio, lo que producía una enorme inequidad social e impedía que el progreso fuera más homogéneo. La apertura de cinco sedes, en Turbo para la región de Urabá, Caucaasia para el Bajo Cauca, Puerto Berrío para el Magdalena Medio, Andes para el Suroeste y El Carmen para el Oriente Antioqueño, le permiten a la Universidad acercarse a las comunidades tradicionalmente aisladas y marginadas, ofrecer programas pertinentes para las necesidades de las regiones, conocer sus particularidades, investigarlas, estudiarlas y brindar alternativas de solución a sus problemas; es pues, una manera de aprovechar las potencialidades y facilitar el desarrollo.

El programa de regionalización de la U. de A. ha sido un campo de experimentación excelente para el mejoramiento continuo. Ha permitido conocer el estado de atraso en que se encontraban las comunidades y ensayar modelos que poco a poco han ido incrementando la calidad y la capacidad competitiva. Se ha adelantado un intenso proyecto de capacitación a los maestros, se han hecho cursos de nivelación, semilleros en ciencias básicas, cursos introductorios y toda suerte de actividades que a la vez que remedian la situación, vienen aportando al mejoramiento de la calidad de los bachilleres y facilitando su acceso a la educación superior.

Hoy en día se desarrollan todo tipo de actividades de docencia, investigación, extensión y formación integral; se tienen bibliotecas, sedes confortables y campos para la recreación y el deporte; se imparten programas como: Ecología de Zonas Costeras,

Ingeniería Agropecuaria, Ingeniería Acuícola, Ingeniería de Sistemas, Ecología y Turismo, Derecho, Tecnología en Regencia de Farmacia, Tecnología de Alimentos, Tecnología en Administración de Servicios de Salud, Instrumentación Quirúrgica, Licenciaturas de diferente orden, especializaciones y maestrías, etc.; programas de indudable pertinencia y que poco a poco van contribuyendo a sacar a las regiones del estancamiento en que se encuentran.

## **LA BÚSQUEDA DE LA CALIDAD**

La calidad de una institución se mide por la calidad del profesorado que posee. Esta es una verdad incuestionable y así como el doctor Vélez Escobar la tuvo en cuenta para formar y seleccionar profesores de alta calidad, sobre todo en Medicina, así lo pensamos y lo hicimos muchos otros de sus sucesores. Si algo ha habido en los últimos diez años es la posibilidad de formación con cursos, pasantías cortas y largas en el país y en el extranjero, formación en maestrías y doctorados. Más de 800 de los 1200 profesores se han beneficiado con este tipo de programas, de los cuales alrededor de 150 han hecho sus estudios doctorales. Hoy en día se selecciona al personal docente por concursos de méritos, en donde una de las exigencias son los posgrados y de preferencia los doctorados. Es decir, la Universidad se dirige hacia la cualificación del profesorado.

El proceso de internacionalización de la Universidad de Antioquia ha sido amplio y productivo. Sí transcurrió una época donde se luchó contra la influencia norteamericana y hubo excesos que el doctor Ignacio Vélez Escobar cuestiona, pero eso fue hace más de treinta años. Eso ya es historia. Hoy en día hay una Dirección de Relaciones Internacionales, se hacen dos versiones anuales de un programa denominado “De país en país”, se diseña un centro de estudios internacionales, hay más de 250 convenios activos con universidades americanas, europeas y asiáticas; hay intercambios y pasantías con universidades norteamericanas y europeas; hay un programa de multilingua que capacita en nueve idiomas diferentes; hay alrededor de cien redes internacionales distribuidas en casi todas las dependencias; nos visita un promedio de 50 profesores de otros países por año, y en los últimos siete años pasaron por nuestras sedes más de 500 expertos internacionales; vienen grupos de estudiantes extranjeros de España, China, Alemania, Francia, Estados

Unidos y países latinoamericanos y en promedio están en la Universidad unos 40 estudiantes extranjeros nuevos por año.

Desde septiembre de 1996 se adelanta en la Universidad otra gran reforma que tiene que ver con la estructuración curricular y el cambio en los modelos pedagógicos. Todas las facultades han entrado en ese proceso, han hecho importantes renovaciones, han incrementado las prácticas, han incorporado la investigación, han introducido las nuevas tecnologías educativas, han estimulado los jóvenes talentos, han flexibilizado los programas y mantienen una actitud de transformación permanente. La reforma educativa de la década del cincuenta fue revolucionaria, pero lo es también la actual porque ha fomentado la transdisciplinariedad como un elemento sustancial en el nuevo modelo de formación. Hoy en día los grupos académicos y de investigación son la base de la actividad académica de una universidad moderna.

Interpretamos que la evaluación formaba parte sustancial de los procesos de mejoramiento continuo, por eso, sin temores, decidimos hacer obligatorio el proyecto de acreditación en alta calidad y los 68 programas de pregrado se vincularon al sistema nacional de acreditación y ya van 32 acreditados. Pero no contentos con eso, hicimos evaluar y someter a la acreditación institucional a la Universidad en su conjunto y logramos la acreditación por 9 años, cosa que hasta ahora no ha logrado ninguna otra Universidad. Y además, hicimos evaluar por el programa Columbus (una entidad internacional) a la Vicerrectoría de Investigación, estamos certificando los laboratorios en normas ISO 9.000 al igual que la Vicerrectoría Administrativa, el Sistema de Bibliotecas, la Escuela de Bacteriología y la Dirección de Bienestar. Es decir, no nos asusta que nos comparen y nos digan cómo estamos, porque además, de lo que se trata es de fortalecer los procesos de mejoramiento continuo.

## **UNA UNIVERSIDAD DE INVESTIGACIÓN**

El doctor Ignacio Vélez Escobar con su reforma de los años cincuenta y sesenta, le abrió una puerta a la investigación, porque su administración puso énfasis en la apertura de

laboratorios y en las prácticas, que son algo así como las semillas. Y como el progreso sigue, así no lo veamos, hoy en día la Universidad de Antioquia es el primer centro de investigaciones del país. No cuesta mucha dificultad darse cuenta de ello.

Más de ciento treinta grupos de investigación, alrededor de mil proyectos de investigación en curso, cerca de 130 publicaciones internacionales en revistas arbitradas por año, más de 20 grupos clasificados en categoría A por Colciencias; 600 jóvenes investigadores formados; más de 55.000 millones de pesos de recursos empleados en investigación durante el año 2003, el 50% de los cuales se obtienen con recursos externos a la Universidad; más de 300 empresas nacionales e internacionales que financian investigación en la institución; diferentes premios nacionales e internacionales; consecución de patentes y la construcción y puesta en marcha del edificio más importante del país para desarrollar investigación interdisciplinaria, la Sede de Investigaciones Universitarias, SIU. Esto muestra su dimensión, reconocida nacional e internacionalmente.

## **UN NUEVO MODELO FINANCIERO**

Lo tradicional en la universidad pública colombiana es haber recibido a lo largo de su historia un subsidio del Estado. Cuestión lógica si lo que se quiere es hacer justicia con los sectores más pobres de la población. El Estado no puede convertirse sólo en un intermediario al servicio del gran capital o de las multinacionales, sino que tiene que ser un factor de igualdad, de redistribución, de búsqueda de alternativas de empleo y de prestación de servicios básicos que la población necesita en salud, vivienda, educación y recreación, para decir lo mínimo.

Pero la Universidad no puede cruzarse de brazos frente a las crisis económicas, ni sufrir de inmovilización cuando no hay recursos. Su papel no puede ser la de simple plañidera de los gobiernos, para hacer proyectos sólo si se le dan los recursos. La Universidad tiene enormes posibilidades de conseguirlos y debe hacerlo. No es únicamente el buen manejo, con transparencia, austeridad, disciplina y eficiencia, sino el aprovechamiento de su capacidad para asesorar y ofrecer consultoría, para obtener

ingresos por medio de alianzas estratégicas con nuevos proyectos, para vender servicios, para manejar adecuadamente en el mercado financiero los dineros que se tienen, lograr donaciones y establecer nexos con la productividad que le permitan la obtención de regalías y la participación en las utilidades de las empresas que resultan de desarrollos en ciencia y tecnología.

Y también es una obligación de las administraciones cancelar las deudas. Qué bueno que el doctor Ignacio Vélez Escobar sepa que fue nuestra administración la que logró cancelar un remanente de mil millones de pesos que se le debía a la Nación por haber asumido ésta (como avalador), la deuda del BID que la Universidad de Antioquia no alcanzó a pagar en su totalidad por la construcción de la Ciudad Universitaria, ni en la administración del doctor Vélez Escobar, ni en las sucesivas. Pero no fue el único pasivo cancelado o negociado: en nuestra administración también se lograron resolver problemas como las deudas a las EE.PP. de Medellín, al SENA, al ICBF, al Municipio de Medellín y a los proveedores por un valor cercano a los 20.000 millones de pesos, y además se constituyeron fondos patrimoniales que hoy tienen más de 28.000 millones de pesos, dándole la solidez necesaria a su estructura financiera.

Y esto lo digo sin hablar de matrículas, porque aunque soy un convencido de que quien tenga posibilidades económicas debe pagar su matrícula a los precios del mercado, también lo soy acerca de que quien no tenga recursos, sea subsidiado por el Estado. Es una responsabilidad con la equidad social. Por eso, en la U. de A. se estableció que los estudiantes sin recursos, pero con rendimiento académico satisfactorio, no paguen matrícula y aquellos que los tienen, lo hagan proporcionalmente a sus ingresos y capacidades.

El logro durante de administración del ex rector Rafael Aubad López de obtener recursos de estampilla del Departamento de Antioquia para apoyar la Universidad, y haberlos conseguido también con el Municipio de Medellín y con otros municipios del Departamento y del Valle de Aburrá durante mi administración y la del doctor Alberto Uribe Correa, fue de una importante significación. Así mismo, tener en la actualidad un 55% de recursos propios en una Universidad como la de Antioquia, no es algo que se deba soslayar.

Todo esto significa un cambio de concepción de una Universidad que sólo sabe pedir, a la que se acostumbra a luchar para ser cada vez mejor y propiciar las transformaciones que no pueden estar esperando las bonanzas del Estado, menos aún con la actual crisis fiscal de la Nación.

## **LA REVOLUCIÓN EDUCATIVA**

Si revolución es un cambio radical en las costumbres, la revolución educativa, en la educación superior, no está comenzando ahora, comenzó hace por lo menos diez años. Si los setenta fueron los tiempos de la búsqueda de la libertad de expresión, la independencia nacional y la democracia, y los ochenta los de la anarquía y la mediocridad, los noventa fueron los años de la revolución educativa. Vamos a explicar por qué.

En Colombia, por lo menos en el siglo XX, habían existido sólo dos momentos de transformación educativa. En la primera mitad del siglo predominó el modelo europeo con una formación de un carácter muy universal, con un profesor como centro del saber, dueño del conocimiento, incuestionable, y tutor en la enseñanza, y con un estudiante pasivo, teórico, con poca capacidad crítica. Era, sin embargo, un modelo educativo de mucha sensibilidad social y de corte humanista. En la segunda mitad, hubo una verdadera revolución con la introducción de las prácticas profesionales, la incorporación de los laboratorios y el inicio de las especializaciones; fue un modelo en donde se le dio mucha importancia a la particularidad del saber en desmedro de la universalidad. Dos aspectos contradictorios, pero que deben sufrir con el tiempo su propia unidad, para fortalecer el concepto de la verdad que no puede ser nunca tan universal que desprecie la individualidad, ni tan particular que no contemple el todo que unifique.

Yo tengo que reconocer, y lo he hecho en múltiples oportunidades, que en esa época, el doctor Ignacio Vélez Escobar, lideró una verdadera revolución educativa. Claro, hay quienes, cuando ocurre el gran cambio, no se dan cuenta de él y siguen luchando contra el

establecimiento por el prurito de atacar el sistema; eso ocurrió en Cuba con la revolución de Fidel Castro, cuando los estudiantes de aquel entonces hacían paros contra el gobierno por reaccionario; y eso le sucedió a la Universidad en tiempos del doctor Ignacio Vélez Escobar (por eso las contrarreformas), y ese mismo fenómeno no lo alcanzaron a ver muchos de nuestros coetáneos, en los años noventa, cuando empezó a producirse la revolución educativa. De la que él propició, así no sea consciente de ello, se debe sentir orgulloso, tanto o más que de la construcción de la Ciudad Universitaria.

Pero la **nueva revolución educativa** ocurriría en los años noventa. Fue otro cambio radical, dado en forma progresiva, de una manera muy ideológica, sin necesidad de grandes movilizaciones, pero sí con una enorme participación, fundamentalmente del profesorado universitario: primero, rompiendo con la anarquía que había producido apatía, temor, mediocridad y estancamiento; segundo, variando el concepto de la Universidad desde la perspectiva particular a la postura universal a través de la transdisciplina, y tercero, instaurando los programas que le darían soporte a la transformación, como fueron la consolidación de la investigación, el mejoramiento continuo de la calidad, la regionalización y la cobertura con pertinencia social.

## EPÍLOGO

En este epílogo yo quiero resaltar que: **la Universidad es un proceso de construcción colectiva**. No empezó con el doctor Ignacio Vélez Escobar ni se terminó con él. Él jugó un papel muy importante, supo aprovechar un momento histórico cuando sobrevino el frenesí de la reforma de un modelo europeo obsoleto para nuestra situación, a un modelo norteamericano más dinámico, pero que estaba lejos de ser definitivo, porque después de él se ha entendido más el proceso de trabajo en equipo, por medio de grupos interdisciplinarios tanto académicos como de investigación, lo que nos está conduciendo, en la era de la modernidad, a una Universidad investigadora, transdisciplinar y universal.

La Ciudad Universitaria es una obra física que todos apreciamos y admiramos; es una de las obras más bellas del siglo XX, construida con visión de futuro, y ha resistido épocas de

brillantez y de caos. Es, pudiera decirse, monumental. El edificio de San Ignacio y su Paraninfo, recientemente restaurados, son obras magníficas para la posteridad: congregan la historia y la perpetúan. E igual podría decirse de la ciudadela de Robledo, donde se forjó mucha parte de la historia del Liceo Antioqueño, del Museo y las Bibliotecas, las haciendas de Caucasia, San Pedro y Porce, las cinco sedes regionales, el Centro de Idiomas, el Canal U., el Parque Tecnológico de Antioquia, la IPS Universitaria, las remodelaciones en las facultades de Enfermería, Medicina, Odontología y Salud Pública; la Sede de Investigaciones Universitarias, SIU, las casas del Barrio Prado que la Universidad compró para el desarrollo de nuevos proyectos y tantas otras maravillas.

La Universidad no puede ser un nido de mediocridad. Los acontecimientos de los últimos años demuestran que esa etapa ha sido superada: se constituyó su plan de desarrollo a diez años para proyectarla adecuadamente hacia el futuro y ha venido cumpliendo una a una las metas que se había trazado; es una de las cuatro universidades acreditadas en el país; es la que ha acreditado en calidad el mayor número de programas de pregrado; es, a no dudarlo, la primera en investigaciones; es la única que ha adelantado un proceso de reforma curricular; tiene el mayor porcentaje de recursos propios entre todas las universidades públicas del país; tiene un porcentaje del 18% de profesores con título de doctorado (lo que representa que hay alrededor de 200 profesores de ese nivel formados en las principales universidades del mundo); ha incrementado su cobertura a treinta mil estudiantes; ha consolidado el proyecto más exitoso de regionalización del país, con cinco sedes existentes, y ha desarrollado programas de interdisciplinariedad, que son innovadores, como las corporaciones académicas.

Esa nueva Universidad, la del siglo XXI, necesita ser conocida, no puede vivir oculta, sin que nadie se entere de lo que hace. La Universidad tiene la obligación de informarle a la sociedad sobre su trabajo. Uno de los principales inconvenientes que ha tenido nuestra institución es el desconocimiento que sobre ella se posee. La Universidad ha creado un Sistema de Comunicaciones que engloba su Departamento de Información y Prensa, su periódico Alma Mater, sus boletines semanales, sus dos Emisoras (AM y FM), sus Departamentos de Publicaciones y Servicios Audiovisuales, su Revista Universidad de

Antioquia, y sus nexos con el Canal Universitario de Antioquia, Canal U, del cual es socia. Todo ello no es más que la búsqueda de que la Universidad incida sobre la sociedad, y es una manera de rendirle cuentas.

La Universidad debe ser un espacio para la libertad, exenta de cualquier tipo de violencia que la limite y la ponga en riesgo de fracasar. El esfuerzo que se ha hecho es mucho y no basta con despotricar y echarle la culpa a los demás. Se ha avanzado bastante, pero es necesario persistir en la labor de defenderla con acciones que muestren el camino de la razón como el único posible. ¿Qué otra cosa puede esgrimirse en un centro del saber?

La sociedad en general tiene una responsabilidad con la Universidad; ésta no puede ser ajena a su sentir. Participar en sus convocatorias, opinar sobre su discurrir, apoyarla cuando se requiere, es una labor ineludible como ciudadanos. Al fin de cuentas, allí se forman muchos de los dirigentes del mañana. Como se formaron los de hoy, hace ya más de treinta años, a pesar de las dificultades, aparentemente tan graves. Ayer fueron unas, hoy son otras, pero la complejidad de los problemas hace más grande el aprendizaje y nos da mayores capacidades.

La Universidad de hoy es pionera y tiene los avances más significativos en trasplantes de órganos en Colombia, con innovaciones de talla internacional; es una Universidad acreditada en calidad, fuerte en ciencias básicas, investigadora, al servicio de las diferentes regiones del Departamento de Antioquia y que ha sabido ser solidaria con el país. Decir lo contrario es no conocerla y seguir viviendo en el pasado. Por fortuna, cada paso que damos, nos coloca en una nueva perspectiva y es ella una oportunidad para evolucionar. Algunos, seguirán fieles a la ortodoxia y siempre estarán dando vueltas sobre sí mismos (no dando la vuelta); otros seguiremos fieles a la posibilidad de crecer dentro de aquellas espirales ascendentes que nos depara la realidad; duras a veces, contradictorias en ocasiones, pero con seguridad llenas de nuevos caminos, en donde habrá posibilidades de compartir y ser partícipes, con muchas otras personas, del progreso de la sociedad.

***“Dejemos que el pasado sea el pasado” Homero.***

Medellín, 8 de junio de 2004

---

### **Referencia**

**1- Ignacio Vélez Escobar. Historia de la Nueva Universidad de Antioquia 1963-1970. Marzo de 2004. Folleto. No aparece la editorial responsable.**